

alta idea de la majestad del nombre romano. Al dirigirse al Asia los legados, desembarcaron en Delfos y consultaron el oráculo para saber si podían, tanto ellos como el pueblo romano, esperar feliz resultado de la misión de que estaban encargados. Dicese que les contestó: «Que el rey Atalo les haría conseguir lo que iban á buscar; que después de haber trasladado la diosa á Roma, debían atender á que le diese hospitalidad el romano más virtuoso.» Los legados llegaron á Pérgamo y se presentaron al Rey, que les recibió con benevolencia, les llevó á Pessinunta, en Frigia, les entregó una piedra sagrada, que los habitantes decían ser la madre de los dioses, y les aconsejó trasladarla á Roma. Sus compañeros enviaron delante á M. Valerio Falto para que anunciase la llegada de la diosa y recomendar que se buscase al ciudadano más virtuoso, para que les recibiese en su casa con los convenientes honores. El Cónsul creó en el Brucio dictador, para presidir los comicios, á L. Cecilio Metelo: éste licenció su ejército, tomó por jefe de los caballeros á L. Veturio Filo, y celebró los comicios. Fueron nombrados cónsules M. Cornelio Cethego y P. Sempronio, ausente entonces porque había sido encargado de la provincia de Grecia. En seguida se eligieron pretores á T. Claudio Nerón, M. Marcio Rala, L. Scribonio Libo y M. Pomponio Matheo. Terminados los comicios, abdicó el dictador. Celebráronse tres veces los juegos romanos y siete veces los plebeyos. Eran ediles curules Cn. y L. Cornelio Léntulo. Lucio inandaba entonces en España: ausente cuando le nombraron, ausente estaba también cuando cumplió los deberes de su cargo. T. Claudio Aselo y M. Junio Penno fueron las ediles plebeyos. En este año dedicó M. Marcelo el templo de la Virtud, cerca de la puerta Capena,

diez y siete años después que hizo el voto su padre en la batalla de Clastidio, en la Galia, durante su primer consulado. En este año también murió M. Emilio Regilo, flamin de Marte.

Durante estos dos años se habían descuidado los asuntos de Grecia: así fué que, viendo Filippo á los etolios abandonados por los romanos, únicos aliados en quienes confiaban, les obligó á pedir la paz con las condiciones que quiso. Si no hubiese empleado todos sus esfuerzos para apresurar la terminación de aquel tratado se hubiese encontrado en guerra aún con los etolios, á la llegada del procónsul P. Sempronio, enviado para suceder á Sulpicio, con diez mil hombres de infantería, mil caballos y treinta y cinco naves rostradas, fuerza suficiente para socorrer á los aliados y que hubiesen aplastado al rey de Macedonia. Apenas se había ajustado la paz, supo Filippo la llegada de los romanos á Dyrraquio, el levantamiento de los partinos y de las naciones vecinas, á quienes halagaba la esperanza de un cambio, y el sitio de Dimala. Los romanos se habían dirigido hacia este punto, en vez de socorrer á los etolios en conformidad con la orden recibida; pero no perdonaban ellos á aquel pueblo haber concluido sin su consentimiento y en contra de la alianza, la paz con el Rey. A esta noticia, temiendo Filippo que el levantamiento fuese más grave y se extendiese á las naciones y pueblos inmediatos, se dirigió á marchas forzadas sobre Apolonia: Sempronio se había retirado allí y había enviado á su legado Letorio á la Etolia con parte de las tropas y quince naves, para examinar la situación del país y procurar, si le era posible, romper la paz. Filippo taló el territorio de los apoloniatos, y habiéndose acercado á la ciudad con todas sus fuerzas,

presentó batalla á los romanos; pero viendo que no se movían y que se contentaban con defender las murallas, no sintiéndose, por otra parte, bastante fuerte para sitiarse la plaza, y deseando hacer la paz con los romanos, como con los etolios, si podía, ó al menos obtener una tregua, no quiso envenenar los odios con nuevas tentativas, y regresó á su reino. Al mismo tiempo, los epirotas, cansados de una guerra tan larga, se decidieron, después de haber sondeado las intenciones de los romanos, á enviar una legación á Filipo para tratar de la paz general, diciendo que estaban seguros del éxito si consentía en conferenciar con el general romano P. Sempronio. No desagradaba al Rey aquel paso, y sin dificultad se decidieron á pasar el Epiro. En Fenicia, ciudad de esta comarca, celebró una conferencia con Eropo, Darda y Filipo, pretores de los epirotas, y en seguida vió á Sempronio. A esta conferencia asistieron Amynder, rey de los athamanos, los otros magistrados de los epirotas y los de los acarnanios. El pretor Filipo habló primero y rogó al Rey y al General romano que terminasen la guerra y que concediesen aquel favor á los epirotas. P. Sempronio propuso como condiciones de la paz, que los partinos, Drinala y Eugenio, pertenecerían á los romanos; la Atintania debía cederse á la Macedonia, si los legados que Filipo enviara á Roma obtenían la autorización del Senado. Aceptáronse estas condiciones y se incluyó en el tratado, á petición de Prusias, rey de Bithinia, á los aqueos, beocios, tesalios, acarnanios y epirotas; y á petición de los romanos, los habitantes de Ilium, el rey Atalo, Pleurato, Nabis, tirano de Lacedemonia y los elcenos, los messenios y los atenienses. Escritas y firmadas estas cláusulas, se convino una tregua de dos meses, para

enviar á Roma legados encargados de conseguir del pueblo la ratificación del tratado. Todas las tribus lo ratificaron, porque en el momento de volver sus fuerzas contra el África, los romanos querían verse libres de todas las demás guerras. Ajustada la paz, P. Sempronio marchó á Roma á tomar posesión de su consulado.

Este año que era el décimoquinto de la guerra púnica, los cónsules tuvieron por provincias: Cornelio, la Etruria con el antiguo ejército; Sempronio, el Brucio, para el que debía levantar nuevas legiones. Entre los pretores M. Marcio recibió la jurisdicción urbana, L. Scribonio Libo, la de los extranjeros y la Galia; M. Pomponio Matho, la Sicilia; T. Claudio Nerón, la Cerdeña. A P. Scipión le dejaron al frente del ejército y de la flota que mandaba, prorrogándole los poderes por un año. P. Licinio debía quedar también en el Brucio con dos legiones, mientras el Cónsul considerase conveniente dejarle con su mando en la provincia. M. Livio y Sp. Lucrecio quedaron también al frente de dos legiones, con las que habían defendido la Galia contra Magon y les prorrogaron los poderes por un año. Cn. Octavio debía entregar la Cerdeña y su legión á T. Claudio, y velar en seguida con cuarenta naves largas por la defensa de las costas, en los límites que le señalase el Senado. M. Pomponio, pretor en Sicilia, recibió las dos legiones del ejército de Cannas. T. Quincio debía mandar en Taranto; C. Hostilio Túbulo en Capua, los dos en calidad de propretors, como el año anterior, y uno y otro tener á sus órdenes las antiguas guarniciones. Necesitábase designar para España los dos procónsules á quienes se destinaba esta provincia y se encomendó la designación al pueblo; deci-

diendo todas las tribus que los procónsules L. Cornelio Léntulo y L. Manlio Acidino, que habían mandado aquella provincia el año anterior, la conservaran todavía. Los Cónsules comenzaron en seguida las levas con objeto de poder enviar al Brucio las nuevas legiones y completar los otros ejércitos conforme había dispuesto el Senado.

No se había declarado aun que el África se incluiría en el número de las provincias, guardando sin duda el secreto el Senado por no alarmar á los cartagineses; sin embargo, esperábase en Roma que este año sería el África teatro de las últimas hostilidades y que iba á terminarse la guerra púnica. Este presentimiento había infundido en los ánimos ideas supersticiosas; encontrándose más dispuestos á contar y admitir prodigios, por lo que se publicaba mayor número que de ordinario. • Habíanse visto dos soles; la noche había brillado con repentinos resplandores: en Secia se había visto repetidas veces un rastro de fuego, que se extendía de Oriente á Occidente; había caído el rayo en una puerta de Terracina, en otra de Anagni y en las murallas de otros muchos puntos; en el templo de Juno Sospita, en Lanuvio, habíanse oído terribles ruidos y fragores. • Para expiar estos prodigios se celebraron rogativas durante un día, y también se realizó un sacrificio novendial con ocasión de una lluvia de piedras. Ocupándose en seguida de la recepción que debía hacerse á la diosa Idea Madre, M. Valerio, que se había adelantado á sus colegas, anunció la próxima llegada á Italia; y un reciente mensaje decía que se encontraba ya en Terracina. No era asunto de poca importancia para el Senado decidir quién era el ciudadano más virtuoso, siendo esta decisión verdadero triunfo que todos preferían á los mandos militares y á

los honores que podían concederles los votos del Senado y del pueblo. Consideróse al fin como el mejor entre todos los ciudadanos virtuosos á P. Scipión, hijo de aquel Ecneo que fué muerto en España, y que apenas tenía la edad necesaria para ser cuestor. Si los historiadores contemporáneos hubiesen dado á conocer las virtudes que le merecieron aquel voto tan honroso, con gusto las transmitiría á la posteridad; pero reducido á conjeturas acerca de un hecho que se pierde en la obscuridad de los tiempos, no emitiré opinión personal. P. Cornelio recibió orden de marchar á Ostia, con todas las señoras romanas, á recibir á la diosa, tomarla de la nave, bajarla á tierra, y entregarla en seguida á las señoras romanas. Cuando llegó la nave á la desembocadura del Tiber, Scipión, según lo mandado, pasó á bordo, tomó á la diosa de manos de los sacerdotes y la bajó á tierra. Allí la recibieron las señoras principales de la ciudad, entre las que solamente se cita á Claudia Quinta (1), cuya fama había sido bastante dudosa hasta entónces; según se dice, y que, por aquel sagrado ministerio hizo celebre su castidad en lo sucesivo. Las señoras llevaron á la diosa en sus brazos, relevándose en el camino. Todos los habitantes habían acudido á recibirla, y por el camino que había de seguir habían colocado delante de las puertas de las casas vasos en que humeaba incienso, rogando todos á la diosa que se dignase entrar en la ciudad para protegerla. Depositaron la estatua en el templo de la Victoria, sobre el monte Palatino, la víspera de los idus de Abril, que desde entónces fué día festivo. El pueblo

(1) Sabido es que las damas romanas no llevaban más que el nombre de familia y un sobrenombre tomado del orden de su nacimiento, *Secunda*, *Tertio*, *Quarta*, etc.

acudió en tropel al Palatino para presentar ofrendas á la diosa; celebróse un lectisterno y también los juegos llamados Megalesios (1).

Cuando se trató de completar las legiones de las diferentes provincias, algunos senadores observaron que ya era tiempo de hacer cesar los abusos en cierto modo tolerados en los tiempos difíciles, puesto que la bondad de los dioses había libertado al fin á los romanos de todo peligro. Habiendo llamado la atención del Senado esta observación, añadieron que « las doce colonias latinas que, bajo el consulado de Q. Fabio y Q. Fulvio, se negaron á suministrar tropas, gozaban de esta exención cerca de seis años ya, como á título de honor y privilegio, mientras que los aliados buenos y fieles veían por premio de su fidelidad y sumisión al pueblo romano, levas anuales que agotaban periódicamente su población. Estas palabras, despertando en el Senado el recuerdo de un hecho casi olvidado ya, produjeron justo resentimiento. Así, pues, antes de tratarse de ningún asunto, se decretó: « que los cónsules llamarían á Roma á los magistrados de las diez principales ciudades de Nepente, Sutrium, Ardea, Cales, Alba, Carseola, Sora, Suessa, Secia, Circeya, Narnia é Interamno (que eran las doce colonias denunciadas). Calcularíase el número mayor de soldados que cada colonia de aquella debió suministrar al pueblo romano desde la entrada de los cartagineses en Italia, y se les exigiría que pusiesen en pie de guerra

(1) Los juegos megalesios, ó juegos en honor de Cibeles, comenzaron con las Megalesias, ó fiestas de la gran diosa. Formaban estos juegos representaciones escénicas y danzas ejecutadas por las damas romanas delante del altar de la diosa. Los senadores asistían con traje de púrpura á estas danzas.

doble número de infantería y además ciento veinte caballos. Si alguna no podía completar el número de jinetes, podría reemplazar cada uno con tres infantes; entre las tropas de á pie y de á caballo elegiríanse las más ricas y las enviarían fuera de Italia, allí donde se necesitasen refuerzos. Si algunas se negaban, retendríanse en Roma sus magistrados y legados de su colonia, y el Senado no les concedería audiencia, ni á petición suya hasta después de la ejecución de sus órdenes. Aumentaríanse también los tribunos de aquellas colonias en un as sobre cada mil anualmente. Haríase el censo según las formas prescritas por los censores, decretándose que estas formas fuesen las mismas que servían para el pueblo romano; y el resultado lo llevarían á Roma los censores jurados de las colonias antes de salir del cargo. En virtud de este senatus-consulto los cónsules llamaron á Roma á los magistrados y principales ciudadanos de las colonias; pero cuando les hablaron del levantamiento de impuestos, todos hicieron reclamaciones y se quejaron á porfía. « Les era imposible suministrar tantas tropas, si se atenían á las prescripciones del tratado, apenas podrían satisfacerlas, rogando y suplicando que les permitiesen entrar en el Senado y exponer allí sus quejas. Nada habían hecho para merecer se les arruinase de aquella manera; pero aunque su ruina estuviese decretada, ni sus faltas ni la cólera del pueblo romano podían hacerles entregar más hombres que tenían. Los cónsules permanecieron inflexibles, mandando á los legados que permaneciesen en Roma y á los magistrados que regresasen á sus ciudades para apresurar las levas, y, como á favor de larga exención del servicio, la juventud se había multiplicado, los alistamientos se hicieron sin trabajo.

Tratóse en seguida otro asunto descuidado y pasado en silencio casi igual tiempo. M. Valerio Levino lo puso á deliberación, declarando « que era justo devolver á los particulares las cantidades que se les tomaron prestadas bajo su consulado y el de M. Claudio. Nadie debía extrañar que se ocupase personalmente de este asunto en que estaba comprometida la fe pública; además de que este cuidado pertenecía especialmente al cónsul del año en que se hizo el empréstito y él era quien propuso la medida para atender al apuro del tesoro, cuando el pueblo no podía ya soportar mayor impuesto. » El Senado accedió, y, por informe de los Cónsules, decretó: « que las cantidades se devolverían en tres pagos: el primero, lo harían los Cónsules del año presente, y los otros dos al cabo de tres y de cinco años. » Todos los demás cuidados desaparecieron ante la noticia de las desgracias de los locrinos, ignoradas hasta entonces, pero que la llegada de sus legados dió á conocer. La maldad de Pleminio no sublevó tanto la indignación general como la culpable tolerancia ó negligencia de Scipión. Diez legados de Locros, vestidos de duelo y con todo el aparato de la desgracia, se presentaron ante los Cónsules sentados en el comicio; tendieron hacia ellos velos de suplicantes y ramas de olivo, como acostumbran los griegos, y se prosternaron ante el tribunal lanzando gemidos. Interrogados por el Cónsul, contestaron: « que eran locrinos, que el legado romano Q. Pleminio y sus soldados les habían tratado como el pueblo romano no querría ver tratar ni á los cartagineses mismos. Pedían que les permitiesen presentarse al Senado y hacer allí el deplorable relato de sus infortunios. »

El Senado les concedió audiencia, y el más anciano

habló en estos términos: « Bien sé, padres conscriptos, cuánto importa, para dar mayor peso á nuestras quejas, que sepáis por nosotros con exactitud cómo fué entregada Locros á Annibal, y cómo, después de expulsar la guarnición cartaginesa, volvió á vuestro poder. Porque si se os demuestra que su defección no fué un crimen concertado por todos los habitantes, y que la vuelta á vuestra autoridad se debe, no solamente á nuestro propio deseo, sino á nuestros esfuerzos y valor, mucho más os indignará que buenos y fieles aliados hayan sido tan cruel é indignamente ultrajados por vuestro legado y vuestros soldados. Dos motivos me impulsan hoy á explicar esta doble defección: el primero es que P. Scipión, que ha recobrado á Locros y fué testigo de todo el bien y el mal que hemos hecho, debe estar presente; el segundo es que nuestra conducta, cualquiera que sea, no merece el tratamiento que se nos ha hecho sufrir. No podemos ocultarlo, padres conscriptos, mientras ocupó nuestra fortaleza la guarnición cartaginesa, Amílcar, su jefe, nos prodigó los ultrajes más odiosos y repugnantes, por medio de sus nómidas y africanos. Pero ¿qué son aquellos ultrajes comparados con los que tenemos que soportar hoy? Dignaos, padres conscriptos, escuchar sin irritación lo que, á pesar mío, voy á decir. Una gran cuestión ocupa en este momento al género humano: ¿á quién pertenecerá el mundo, á Cartago ó á vosotros? Si después de los males que nos han hecho sufrir y los que sufrimos en este momento mismo de vuestros soldados, tuviéramos que decidirnos entre los cartagineses y los romanos, nadie vacilaría en preferir su dominio al vuestro. Y, sin embargo, ved cuáles son las disposiciones de los locrinos para con vosotros: aunque

tratados con mucho menos rigor por los cartagineses; nos hemos entregado á vuestro general; vuestros soldados nos han hecho mucho más daño que nos hicieron los enemigos, y á vosotros, á vosotros solamente nos quejamos. O vosotros miraréis compasivos nuestros infortunios, padres conscriptos, ó nada tendremos que pedir ni siquiera á los dioses inmortales. Pleminio fué enviado en calidad de legado con un cuerpo de tropas para recobrar Locros de los cartagineses, y lo han dejado en la ciudad con las mismas tropas para guardarla. Ahora bien; Pleminio, vuestro teniente, padres conscriptos, y el exceso de nuestra desgracia me da fuerzas para decirlo en voz muy alta, no tiene de hombre más que el aspecto, nada de ciudadano romano más que el exterior, el vestido y el lenguaje. Es un azote, es uno de esos monstruos feroces que la fábula colocó en el estrecho que nos separa de Sicilia para pérdida de los navegantes. Y si se contentase él solo en descargar contra vuestros aliados su maldad, su lujuria y su avaricia, siendo uno solo el abismo, á pesar de su profundidad, podríamos llevarlo á fuerza de paciencia; pero, gracias á él, el contagio de la licencia y de la maldad se ha extendido tanto, que de todos vuestros centuriones, de todos vuestros soldados ha hecho un Pleminio. Todos saquean, despojan, golpean, hieren, matan; todos deshonoran á las esposas y las hijas, á los hijos libres que han arrancado de los brazos de sus padres. Cada día es tomada por asalto nuestra ciudad, cada día es entregada al pillaje. Día y noche se oyen por todas partes los desgarradores gritos de las mujeres y de los niños que arrebatan y arrastran. ¿Quién no extrañaría que nuestra paciencia baste á tanto ultraje, ó que nuestros perseguidores no se hayan saciado

aún? No puedo seguir paso á paso, ni vosotros necesitáis oír en detalle el relato de todo lo que hemos sufrido. Una sola palabra os lo dirá. Aseguro que no hay una sola casa en Locros, que no hay un solo hombre que haya escapado á los ultrajes; afirmo que no se ha omitido un solo refinamiento de maldad, de lujuria y de avaricia á quien tenía fuerzas para soportarlo. Difícil es decidir si la suerte de una ciudad es más espantosa cuando la toma por asalto el enemigo, ó cuando se encuentra bajo el yugo de un tirano execrable y dominada por el terror de sus armas. Todas las desgracias que soporta una ciudad tomada por asalto las hemos soportado, las soportamos hoy más que nunca, padres conscriptos: todas las maldades que los tiranos más crueles é inhumanos pueden cometer contra ciudadanos oprimidos, las ha cometido Pleminio contra nosotros, contra nuestros hijos y nuestras esposas.

Un delito ha cometido que la religión nos obliga á mencionar especialmente, como os obliga á escucharnos. Quisiéramos, padres conscriptos, veros expiar, si lo juzgáis á propósito, un sacrilegio que caería sobre vuestra República. Conocemos los honores que tributáis á los dioses y el respeto con que recibís á los dioses extranjeros. Ahora bien; cerca de nuestras murallas existe un templo de Proserpina, cuya santa fama habrá llegado sin duda hasta vosotros durante la guerra de Pirro. Este príncipe, á su regreso de Sicilia, pasando cerca de Locros, quiso castigarnos por nuestra fidelidad con vosotros, y, entre otras maldades con que se manchó, saqueó los tesoros de Proserpina, que habían permanecido intactos hasta entonces, los cargó en la flota y él tomó el camino de tierra. ¿Qué sucedió, padres conscriptos? Furiosa tempestad descargó sobre

aquella flota al día siguiente, y todas las naves que llevaban los tesoros fueron lanzadas sobre nuestras costas. Convencido al fin por aquel desastre de que existen dioses, aquel orgulloso monarca hizo devolver al tesoro de Proserpina las cantidades que había robado. Pero desde aquel día en todo fracasó: arrojado de Italia, sucumbió con muerte oscura y sin gloria al querer sorprender á Argos durante la noche. Vuestro legado y los tribunos de los soldados conocían este suceso y otros muchos que les referían, no para aumentar su respecto religioso, sino como otras tantas pruebas de que el poder de la diosa se nos había mostrado muchas veces lo mismo que á nuestros antepasados; sin embargo, se atrevieron á poner sus manos sacrilegas en aquellos tesoros inviolables, y cargarse de un botín odioso que les manchaba á ellos, á sus familias y á vuestros soldados. Por vosotros y por vuestra fe, yo os conjuro, padres conscriptos, para que no emprendáis nada en Italia ni en África antes de haber expiado este delito, ó temed que la profanación de que se han hecho culpables no se pague solamente con su sangre, sino que acarree desgracias públicas. Los jefes y los soldados son víctimas ya, padres conscriptos, del enojo de la Diosa: muchas veces les hemos visto marchar, altas las enseñas, unos contra otros. Un bando tenía por jefe á Pleminio; el otro, los dos tribunos militares. No mostraron mayor encarnizamiento en combatir á los cartagineses que en destruirse unos á otros, y su ceguedad hubiese proporcionado á Annibal ocasión de recuperar á Locros, si no hubiésemos llamado á Scipión en socorro nuestro. ¿Se dirá que esta ceguedad no ha caído más que sobre los soldados cómplices del sacrilegio, y que la Diosa no ha hecho caer su ven-

ganza sobre los jefes castigándolos? Pues á los jefes ha castigado más: los tribunos fueron azotados por orden del legado: el legado fué á su vez pérfidamente aprisionado por los tribunos, que le mutilaron cortándole la nariz y las orejas, abandonándole medio muerto. El legado, apenas restablecido de sus heridas, mandó aprisionar á los tribunos, les hizo azotar y torturar como á esclavos, les vió espirar en espantosos tormentos y hasta privó á sus cadáveres de sepultura. De esta manera ha castigado la Diosa á los espoliadores de su templo, y no cesará de hacer seguir sus pasos por todas las furias vengadoras hasta el día en que el dinero sagrado haya vuelto á sus tesoros. En otro tiempo, nuestros antepasados, en una guerra terrible con los crotoniatos, pensando que el templo está situado fuera de la ciudad, quisieron trasladar los tesoros dentro de las murallas, y por la noche oyeron dentro del templo una voz diciéndoles: «que no los tocasen, que la diosa defendería su santuario.» No queriendo tocar ya al tesoro, pensaron elevar una muralla en derredor del templo, pero cuando llegó á cierta altura, se derrumbó de pronto. No es solamente hoy; muchas veces ha protegido la Diosa su santuario y su templo, ó ha sometido á los profanadores á terribles expiaciones. En cuanto á nuestras injurias, vosotros y nadie más que vosotros, padres conscriptos, podéis vengarlas. A vosotros, á vuestra justicia nos dirigimos en súplica. Poco nos importa que abandonéis Locros á ese legado y á su guarnición, ó que nos entreguéis á la cólera de Annibal y los cartagineses, que nos condenarán á muerte. No pedimos que ahora mismo, en ausencia de Pleminio y sin escucharle, deis crédito á nuestras palabras. Que venga, que oiga nuestras acusaciones y que las destru-

ya. Si no ha agotado en nosotros todas las crueldades que el hombre puede ejercer en sus semejantes, consentimos en sufrir por segunda vez, si podemos, las mismas torturas y verle absuelto de todo crimen para con los dioses y los hombres.»

Cuando terminaron de hablar los legados les preguntó Q. Fabio si se habían quejado á P. Scipión: contestaron «que le habían enviado legados, pero que sus preparativos de guerra le ocupaban por completo, y que se encontraba ya en Africa, ó que pasaria á ella inmediatamente. Por lo demás, el legado gozaba de mucho favor con el general, como lo vieron cuando Scipión, después de oír á Pleminio y á los tribunos, mandó encadenar á éstos, y dejado los mismos poderes á su teniente, aunque tan culpable y mucho más que los tribunos.» Mandóse salir del Senado á los legados, y los senadores principales atacaron entonces con energía á Pleminio y al mismo Scipión. Más que todos le censuraba Q. Fabio diciendo: «que había nacido para destruir la disciplina militar. En España la sublevación de sus legiones había causado más daño quizá que la guerra. Obraba como extranjero, como rey: hoy favorecía la licencia de los soldados; mañana sería cruel con ellos.» Su voto fué tan violento como su discurso. «El legado Pleminio debía ser cargado de cadenas y traído á Roma, y en este estado defendería su causa. Si las quejas de los locrinos eran fundadas, se le ejecutaría en la prisión y se confiscarían sus bienes. En cuanto á Scipión, que había salido de su provincia sin orden del Senado, era necesario llamarle y ponerse de acuerdo con los tribunos para que propusiesen al pueblo su destitución. Contestaríase á los locrinos en plena asamblea que les habían hecho contra el deseo

del Senado y del pueblo romano las injusticias de que se quejaban; que les reconocían como varones honrados, aliados y amigos fieles; que se les devolvían sus hijos, sus esposas, todo lo que les habían quitado; que se mandarían buscar todos los tesoros arrebatados al templo de Proserpina y que se aumentarían con doble cantidad; que se ofrecería un sacrificio expiatorio, aunque después de consultar al colegio de los pontífices, para saber qué expiación convenía hacer por el robo y profanación de los tesoros sagrados, á qué dioses había que ofrecerla y qué víctimas debían sacrificarse; que se trasladarían á Sicilia todos los soldados que estaban en Locros y que se enviarían cuatro cohortes de aliados latinos para guarnecer aquella ciudad.» No pudieron recogerse todos los votos aquel día en medio de la agitación que animaba á los defensores y adversarios de Scipión; no se mencionaban solamente los delitos de Pleminio y las desgracias de los locrinos, censurábase también al General una conducta que no convenía á un romano y menos todavía á un capitán. «Con manto y sandalias paseaba en el gimnasio; repartía el tiempo entre los libros y la palestra. Igualmente entregado á la ociosidad y la molicie, todo su acompañamiento gozaba de las delicias de Siracusa. Cartago y Annibal estaban muy lejos de su pensamiento; todo el ejército, corrompido por la licencia, como en otro tiempo en Sucrona, en España, como ahora en Locros, era más temible para los aliados que para los enemigos.»

En estas acusaciones había algo verdadero y algo falso, y por lo mismo eran verosímiles en cierto modo. Concluyóse por adoptar el parecer de Q. Metelo, conforme en todo con el de Máximo, excepto en lo que se



refería á Scipión. «¿Era conveniente, dijo, que el joven romano elegido en otro tiempo por sus conciudadanos, á pesar de su edad, para reconquistar la España, y una vez reconquistada la España, elegido cónsul para terminar la guerra púnica; que aquel general con el que había contado Roma para arrancar á Annibal de Italia y someter el África, se vea de pronto condenado como un Pleminio, sin que se le quiera oír, y llamado de su provincia? Al quejarse los locrinos de las repugnantes violencias de que habían sido víctimas, ¿no habían declarado que no se verificaron delante de Scipión, y podría acusársele de otra cosa que de excesiva indulgencia con su legado, ó tal vez de falsa vergüenza? Opinaba, pues, que el pretor M. Pomponio, á quien la suerte había designado la Sicilia, marchase en el plazo de tres días á su provincia. Los Cónsules elegirían en el Senado diez legados para enviarlos con el pretor, así como también dos tribunos del pueblo y un edil: con este consejo haría el pretor una información. Si las violencias de que se quejaban los locrinos habían sido ejecutadas por orden ó consentimiento de P. Scipión, se le mandaría dejar su provincia. Si había pasado ya al África, los tribunos del pueblo, y el edil con dos legados, elegidos por el pretor como los más aptos, marcharían al África, los tribunos y el edil para traer á Scipión; los legados para tomar el mando del ejército, hasta la llegada del nuevo general. Si M. Pomponio y los diez legados reconocían que no se había hecho nada por orden ó consentimiento de P. Scipión, le dejarían al frente del ejército para que continuase el plan de campaña que había formado.» Acordado el senatusconsulto, invitaron á los tribunos á que se pusiesen de acuerdo ó sacasen por sorteo los que habían de acompañar al

pretor y á los legados. Dirigiéronse al colegio de los pontífices para la expiación del sacrilegio, profanación y robo cometido en Locros, en el templo de Proserpina. Los tribunos del pueblo que marcharon con el pretor y los diez legados fueron M. Claudio Marcelo y M. Cincio Alimento, dándoles un edil plebeyo. Si P. Scipión se encontraba en Sicilia y rehusaba obedecer al pretor, ó si ya había pasado al África, este magistrado debía prenderle por orden de los tribunos y traerle en virtud de su autoridad inviolable. Los comisarios pensaban marchar á Locros antes de ir á Mesina.

Por lo demás, existen dos versiones acerca del asunto de Pleminio. Dicen unos que, advertido de lo que pasaba en Roma, cuando marchaba desterrándose á Nápoles (1), encontró á uno de los legados, Q. Metelo, que le llevó por fuerza á Reggio. Dicen otros que el mismo Scipión envió un legado y treinta caballeros de los más nobles para prender á Pleminio, y con él al jefe de la sedición. Todos los culpables, presos antes por orden de Scipión ó después por la del pretor, fueron puestos bajo la custodia de los habitantes de Reggio. Cuando llegaron á Locros el pretor y los legados, en conformidad con lo mandado, atendieron primeramente á los asuntos religiosos. Recogióse todo el dinero sagrado que se encontró en casa de Pleminio y de sus soldados, y reuniéndolo con el que habían llevado, lo dejaron en el tesoro. Ofrecióse un sacrificio expiatorio. El pretor reunió entonces á sus soldados en asamblea, les mandó salir de la ciudad y establecer un campamento en la llanura, declarando que «si quedaba algún soldado en

(1) Nápoles era una de las ciudades de Italia en que se permitía permanecer á los ciudadanos desterrados.

la ciudad ó se llevaba lo que no le pertenecía, autorizaba á los locrinos para que recobrasen aquellos efectos que reconociesen y á reclamar los que no encontrasen. Ante todo, disponía que las personas libres fuesen devueltas inmediatamente á sus familias, y castigaría de un modo ejemplar á los que no las devolviesen.» En seguida reunió la asamblea de los locrinos y les anunció: «que el pueblo romano y el Senado les devolvía la libertad y el uso de todas sus leyes. Si alguno de ellos quería acusar á Pleminio ó á algún otro, podía seguirle á Reggio. Si tenían que quejarse de P. Scipión á nombre de la ciudad, si se creía que los delitos cometidos en Locros contra los dioses y los hombres habían sido ordenados y no reprobados por Scipión, era necesario enviar legados á Mesina; allí conocería en el asunto con el Consejo.» Los locrinos dieron gracias al pretor, á los legados, al Senado y al pueblo romano; contes- tando «que irían á acusar á Pleminio. En cuanto á P. Scipión, aunque se había mostrado poco sensible á los sufrimientos de su patria, era hombre que preferían tenerle por amigo á tenerle por enemigo. No dudaban que aquellos criminales atentados se habían cometido sin orden ni consentimiento suyo: Scipión había confiado mucho en Pleminio ó desconfiado demasiado de ellos. Hombres hay que no quieren el crimen y carecen de energía para castigarlo.» El pretor y el Consejo se sintieron aliviados de mucho peso, no teniendo que perseguir á Scipión. Condenaron á Pleminio y á treinta y dos culpables con él, y les enviaron cargados de cadenas á Roma; en seguida marcharon á ver á Scipión para asegurarse por sí mismos de la verdad de los rumores que circulaban acerca de su conducta, de la incuria del General y de la relajación de la

disciplina militar, para poder dar cuenta en Roma. Mientras marchaban á Siracusa, Scipión preparaba actos y no palabras para su defensa. Mandó que todo su ejército se reuniese en la ciudad, y á la flota que estuviese preparada, como si se hubiese de librar combate aquel día por mar y tierra á los cartagineses. El día en que llegaron los legados les recibió con hospitalidad, y á la mañana siguiente les hizo ver sus fuerzas de mar y tierra; pero no en sencilla revista; las tropas de tierra simulaban un combate, mientras que la flota en el puerto daba á los legados el espectáculo de una batalla naval. En seguida les llevó á los arsenales y graneros públicos y les mostró sus provisiones de guerra. El pretor y los legados quedaron tan admirados de los detalles y conjunto de aquellos preparativos, que se convencieron de que aquel general y aquel ejército triunfarian de Cartago, ó ésta sería para siempre invencible. Implorando la protección de los dioses, le autorizaron para que pasase al África, para que realizase lo más pronto posible las esperanzas que el pueblo romano concibió el día en que le proclamaron primer cónsul todas las centurias. En seguida partieron para Roma profundamente satisfechos, como si fuesen á anunciar una victoria y no los grandes preparativos de guerra que habían visto. En cuanto llegaron á Roma Pleminio y sus cómplices fueron llevados á la prisión; y la primera vez que los tribunos les pasaron ante el pueblo, encontraron los ánimos tan conmovidos por las desgracias de Locros que no excitaron compasión ninguna. Pero como en seguida les presentaron con frecuencia, fué debilitándose con el tiempo lo odioso de su conducta y se suavizó el enojo. Las mutilaciones que había sufrido Pleminio y el recuerdo de Scipión, aunque ausente, inspiraron al